

# LO REGIONAL-UNIVERSAL EN LA POÉTICA DE RAMÓN PALOMARES

Hernández Carmona, Luis Javier\*  
Universidad de los Andes  
Venezuela

## Resumen

Son más que evidentes los sostenimientos de la poesía de Ramón Palomares en la cotidianidad regional que se yergue como mundo primordial del *yo lírico* desdoblado en disímiles y variadas toponimias que van desde lo local hacia lo universal para conformar un sustancioso *reino* simbólico a manera de referente central de su obra. Entonces, lo significativamente local se universaliza a partir de la subjetivación de los acontecimientos experienciales y se hace posibilidad para interpretar realidades sustentadas en lo patémico que sirve de embrague entre texto y lectores para consentir las lógicas de sentido desde los campos volitivos. Por lo que el discurso poético en Palomares es la construcción de una universalidad subjetivada a partir de referentes locales que involucran la nostalgia telúrica como fundamental elemento de estructuración, lo que nos permite discernir sobre la construcción de un sujeto estético encarnado en la reminiscencia y ensoñación a manera de procedimiento literario que privilegia lo intersubjetivo y los vuelos del espíritu como forma de interpretar realidades.

**Palabras clave:** Regional, universal, nostalgia, ensoñación, tránsito.

## Abstract

Son more than obvious the supporting of the poetry of Ramón Palomares in the regional daily that stands as a primordial world of the lyrical divided into varied and dissimilar toponymies ranging from the local to the universal to form a substantial Kingdom symbolic way of relating his work station. Then, local significantly universalizes from the subjectivation of experiential events and is possibility to interpret supported realities in the patemic serving clutch between text and reader to allow the logic of sense from volitional fields. By what the speech poetic in Palomares is the construction of a universality subjectified starting from relating local that involve the nostalgia telluric as fundamental element of structuring, what us allows discern on the construction of a subject aesthetic incarnate in the reminiscence and reverie to way of procedure literary that favors it intersubjective and them flights of the spirit as form of interpret realities.

**Key words:** Regional, universal, nostalgia, reverie, transit.

\*Doctor en Ciencias Humanas. Investigador y profesor de la Universidad de Los Andes-Trujillo. Editor-Jefe del Fondo Editorial “Mario Briceño-Iragorry”. Coordinador General del Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Literarias E-mail: luish@ula.ve

**Finalizado:** Trujillo, Mayo-2016 / **Revisado:** Junio-2016 / **Aceptado:** Junio-2016

## Sujeto y nostalgia telúrica; el reino de lo mágico-ancestral

Para centrar la intención analítica del presente trabajo, voy a situar lo regional en la poética de Ramón Palomares fundamentalmente en dos textos: *Paisano* (1964) y *Adiós Escuque* (1968-1974), donde podemos notar un tratamiento estético desde la cosmicidad del entorno que deambula entre realidad e imaginario para constituir la instancia que permite la reconstrucción del acontecimiento, a la par de la construcción del yo poético en la confluencia entre lo telúrico y lo afectivo-experencial. Instancia poética que lleva a la figuración de la región constituida dentro de la cosmovisión que ejerce la memoria evocada a través de la nostalgia<sup>1</sup> e intuye el acto de la escritura; región cósmica que devela la magia y maravilla del lenguaje asido a la simbología del espacio telúrico recreado a partir de la ensoñación autobiográfica.

Porque lo que hace Palomares en estos textos es recrear espacios de la infancia y la trascendencia que marcan su obra fundacional, que aun calificada como vanguardista, está soportada por la refiguración neotelúrica<sup>2</sup> que nunca deja de acompañar a los poetas venezolanos que siempre refieren ese espacio primordial para resignificar sus presentes líricos. Es sostener el vínculo umbilical con dos vértices que sostienen la región poética: lo telúrico que se dimensiona entre paisaje y

1 Como este término constituye un eje temático significativo dentro del presente abordaje, quisiera precisar que: “la nostalgia es hecho *trascendente*, que traspone al enunciante hacia las esferas de la autoconciencia, y desde allí, meditar en voz alta a través del discurso estético con otros yoes que acuden persuadidos por la magia de la palabra que incita el *goce nostálgico* como forma de trascendencia, goce y placer de ensoñar en alas del logos hecho sensibilidad. En la nostalgia, el hombre es la afirmación de su propia trascendencia” (Hernández, 2013, p. 168).

2 Como neotelurismo quiero significar la corriente estética que se mantiene dentro de la vanguardia venezolana y latinoamericana, y consiste en la evocación del referente telúrico a partir de la memoria afectivizada que intenta recuperar lo perdido como espacio físico-geográfico.

hombre, respirando aires identitarios a partir de hálitos románticos; el otro, la incorporación de la conciencia cósmica desdoblada en palabra, hecha lenguaje traslúcidamente vivencial que legitima las acciones más allá del discurso crasamente literal.

Particularmente esa región cósmica en la poética de Palomares es la frontera que no delimita sino más bien hace confluír la espiritualidad del hombre entre mito e intemporalidad. Así que la palabra es icono del alma, y esta a su vez, reflejo de los sueños y la nostalgia que copan las regiones intangibles donde no hay muros ni calzadas, sólo está el hombre y su palabra como instrumento de reflexión sobre esa locación para los recuerdos y las resignificaciones poéticas que alejan al Ser de los espacios de la desmemoria y el olvido; y como aparece simbolizado en el poema *Noche en Paisano*: “Yo vi antes este zaguán/ que le cantaba al ángel/ y escuché silbar por entre las cortinas/y me senté y puse cuidado: escuchaba conversar, escuchaba la noche” (1981, p. 116).

Y dentro de este referir la palabra es el punto de embrague con la realidad que está prefigurada por el yo lírico a manera de intérprete entre su entorno y la del hipotético lector. Recalcando ese afán conversacional de la poesía transfigurada en diálogo íntimo que siempre apela a un destinatario desdoblado en él mismo y en el otro que a través de la lectura produce la consolidación referencial a partir del pacto lector.

En este sentido es menester referir el profundo y profuso valor conversacional de la poesía de Ramón Palomares, ella está finamente elaborada sobre los cimientos de la oralidad que sustenta la transcripción en grafía del mundo maravilloso de la tierra y sus desdoblamientos icónicos en: personajes, aves, árboles, ríos y locaciones geográficas que se trasponen en el oficio maravillado del poeta, y se traduce en su poema *solita*: “Vos que sabés cantar, que estás en las hojas de cerezo,/ -Ponéte de niebla, porque de espuma y de riño, decí:/Vení de lejos, velo de lluvia./

llegá sol,/y con la cola sobá esas pendientes,  
tocá/las piedras moradas” (1981, p.107).

En lo anteriormente referido podemos observar la marca idiolectal andina que posiciona al yo lírico dentro de la afectividad del interlocutor que se hace extremadamente cercano y familiar en la confluencia del diminutivo que tienen lazos entre lo humano y lo telúrico; entre los pájaros y el río.

Entonces el poeta se hace mediador entre esa realidad telúrica-fundacional y la diversidad de interlocutores que están siempre más allá de la escritura y serán quienes a través del pacto lector, mimeticen ese paisaje evocado desde la confluencia de lo humano y lo sensible. Aquí el poeta traduce la realidad mediante el armónico diálogo entre él mismo y el otro que aguarda en la magia de la lectura para amalgamarse en la intersubjetividad creadora que permita la consolidación del discurso lírico a partir de la confluencia de lo regional y lo universal a manera de balanza entre lo percibido y lo transformado en estesis lírica, donde opera la localización de la universalidad; tal es el caso de *diciembre andando por el cielo*: “-Díganle que me van a vestir de Virgen María./Que ya tengo el vestido y la banda azul que lleva/Ai nos veamos por las calles/Que si no tienen al Niño Perdido./Ella iba montada en su burrita/ Yo le traía la bestia del cabestro/ Que al Niño Perdido lo venimos a buscar” (1981, p.174).

Este poema recoge toda la festividad y ritual que significa para el campesino trujillano el velorio del niño perdido que es recreado por Palomares en especie de escena cinematográfica transmitida por las palabras y el simbolismo propio de la tradición que recoge con precisión y deliciosa belleza esa estampa que adorna nuestros campos en el mes de Enero.

Esta particularidad deviene en la construcción de la poesía como crónica mítica-telúrica que recoge lo ancestral desde la patemia y se hace fabulación donde el referente desborda la simple lexicalidad;

crónica fabulada que permite la inserción de las miradas individualizadas en contextos específicos. Es la utilización de referentes concebidos en la cotidianidad que permanece intacta en la memoria de quien escribe; porque la poética de Palomares es el eterno retorno a caminos andados, experiencias vividas y convertidas en palabra que sueña y canta. Al mismo tiempo que intenta luchar contra el olvido y la desmemoria a partir de la transparente magia de la palabra que reedita el mundo que subyace dentro de la memoria de la tierra y desanda sobre los muros del tiempo. Lo cual hace de Palomares un “mediador de la oralidad”, “recreador de mitos”, instancias que permiten permanecer asidos al mundo fundacional que vence la desmemoria y el olvido; mundo que no permite al hombre desdibujarse en los velos de la historia y mantenerse dentro de la realidad histórica recreada en el discursos estético.

En este sentido es importante destacar que en la obra de Palomares lo local no proviene de un artilugio prefabricado por simple intención estética-literaria, es idiosincrasia mágica que acompaña la ensoñación del hombre en la construcción de lógicas de sentido fundadas en la existencia misma, donde la capacidad simbólica del hombre trasciende la realidad íntima y la traslada a un lugar mágico donde se nutre y enriquece: “Dormiremos plácidamente/ al abrigo de un techo conocido de antiguo./ Allí está nuestro merecimiento:/el premio del viaje” (Palomares, 1981, p. 80). La poesía se hace ruta de un viaje en espiral; viaje dual hacia el interior y los contextos; del sujeto a los contextos para indagar en los misterios que no terminan de develarse, sino confundirse y encubrirse en el discurso metafórico que los alienta: “Yo soy el mago que enseña la gloria:/ un par de serpientes y la frente de antigua dignidad”.

Al unísono, diálogo y referencia mítica se cotidianizan en el discurso lírico para crear la instancia que refleja cercanía a través del amoldamiento de lo universal

con las tradiciones locales como forma de interpretación vivencial del decurso de la historia y la vida; o más bien, la vida hecha historia desde las particularidades y la anécdota que conforman dentro de la poesía la base testimonial que paralelamente al orden cronológico crean formas para conjuntar las visiones de realidad desde el paralelismo simbólico, que en Palomares es eje fundamental de su producción poética, aun cuando la intención este fundamentada en el referente histórico, tal es el caso del poemario *Santiago de León de Caracas* (1967). Lo que nos lleva a pensar en esa poesía como manera de territorializar la sensibilidad en medio del decurso histórico para reescribir la historia patemizada: “¡Santiago!/Dijo el caballero/y su caballo vuela./Marcaba su caballo la tierra/espantando hojas podridas y terrones cada uno de los cascos/Floreció/Qué día este sol/cuando fijaron sus pendones y levantaron sus espadas aquellos que vinieron del mar.” (1981, p. 126)

### La región cósmica y los bordes de la realidad

Bajo estas referencias la región se hace cósmica al representar la particularidad emotiva del Ser, transformarse en subjetivema<sup>3</sup> que impele sobre la construcción del imaginario que tiene como punto de referencia al enunciante y el espacio telúrico que ha sido afectivizado en la memoria, para posibilitar una interesante tríada entre: cuerpo, región telúrica y sensibilidad, y crear así el hechizo literario que deviene del rompimiento del orden causal de la historia, donde los trazos de legitimidad no están en el referente histórico sino en el código específicamente autobiográfico de cada escritor. En este sentido, Ramón

Palomares es la concreción personificada del mito tangencialmente regional, el mito que circunda el espacio confidencial y estructura el ‘código’ a descubrir dentro del entramado verbal. Así queda testimoniado en el poema *errantes* de *Paisano*; “Allí hemos pasado nuestro tiempo/en las redes mágicas donde los navíos cargan la noche/ y el alcatraz toca con su pico amplio/en la zambullida, ajena a estas épocas” (Palomares, 1981, p. 43).

Por lo que se puede referir que la región poética de Palomares está soportada bajo la prefiguración de dos conciencias: la histórica y la mítica, siendo esta última de fundamental importancia para enraizar los referentes dentro del orden telúrico. De esa manera, en el poema *Ismael*, encontramos plasmada toda una cosmovisión sobre los aparecidos, de esa eterna convivencia entre vivos y muertos; los fantasmas afables que representan el conocimiento mítico sobre las almas en pena, refiriéndose específicamente a los entierros de dinero que eran encontrados con la ayuda del ánima, quien iluminaba el lugar donde estaba escondido el dinero, siendo esta una creencia muy típica y arraigada en el estado Trujillo, lo cual recrea Palomares al conformar su poema en forma de rezo establecido para el ritual. Donde la oralidad trasunta los campos poéticos y trae con singular maestría: “Sos el ánima de Ismael,/sos la rueda de la candela,/sos la mujer de las tres gallinas sobre los hombros./te damos vueltas,/te damos vueltas en la noche,/son las nueve pa date vueltas,/son las nueve de la noche, la nueve de los dobles fuertes por la noche” (Palomares, 1981, p. 102).

En este sentido la errancia poética permite transmigrar a través de tiempos y espacios urdidos a través del discurso poético, y matizados en la región local, que se universaliza a partir de la ensoñación y transfiguración de referentes reales-concretos en instancias cósmicas que infieren la intemporalidad como mecanismo de ruptura con los crasamente físico-geográfico. Por lo que podemos hablar de una región patemizada,

3 Es menester aclarar que la noción de subjetivema la refiero más allá de la concepción lingüística-gramatical, para destacarlo como construcción simbólica que crea una territorialización de la sensibilidad a partir de la función existencial que posibilita la intersubjetividad entre los sujetos enunciantes-atribuyentes. De esta manera, la patemización corporal se desdobra en variados y disímiles discursos que incorporan como isotopías concatenantes: la memoria, la historia, el mundo primordial del sujeto y las diferentes representaciones analógicas de una cartografía sensible dentro de la dinamicidad discursiva

donde las intenciones retratistas o calquistas del ambiente regional son superadas por el ‘espíritu de la letra’ que permite trascender a otros espacios de la enunciación. Y particularmente, Palomares ha ido más allá de la mera exaltación del espacio natural, rompiendo con la tradición de tejer con hilos métricos y metafóricos la visión romántica del poeta en torno a ese ambiente o espacio. En su poesía, la región es arquetipo consciente o inconsciente dentro del entramado discursivo que devela al sujeto poético en constante construcción bajo las redimensiones del lenguaje en correspondencia con la nostalgia telúrica.

Y precisamente esa nostalgia telúrica es motivo lírico para tratar de aprehender los tiempos idos, al mismo tiempo que como si soñase, vuelve a mirarse en las locaciones que conforman su memorial fundacional: “Nacimos en ese pueblo donde la gente vive preguntado por los/de lejos”, se puede leer en el poema *nativos*; forma confesional de asirse al espacio que en la poesía surge indeterminado e intemporal para llenarse de cadencias de universalidad; hacerse patemia y expresión confesional de quien acude al discurso poético a manera de fuente nutricia para evocar tiempos idos y reafirmarse desde su más pura esencia telúrica; construirse sujeto en el cosmos telúrico: “Yo caminaba por unos árboles, por unas hojas doradas/y me comía las estrellas, y me senté/y escuché la hierba alta y vi los ojos de una mujer/que brillaba como un diente/entonces arrojé una gran rama de naranjo/y todo quedó oscuro” (1981, p. 94).

Así que la región poética está íntimamente ligada a esa posibilidad autobiográfica de la palabra; al autoreconocimiento reflexivo que busca raíces y explicaciones a través del diálogo íntimo entre el Ser y su reflejo en acción concomitante e inseparable, por lo que la literatura se convierte en espejo donde se buscan las respuestas o se propende hacia ellas en una alternativa estrictamente íntima. Lo que genera toda una dinámica coercitiva,

puesto que la crítica misma o reescritura literaria es una especie de autobiografía y lo que hemos denominado en su momento *ensayos líricos*.<sup>4</sup> Y precisamente en el poema *Viejo lobo* de *Adiós Escuche*, Palomares recurre en la palabra para matizarse entre enunciante y yo lírico bajo la reflexión sobre sí mismo: “Al decimocuarto domingo del año/-¡Amanece!- dijeron/ Y yo salí a la luz/ Cuántas flores Rosas que duraron un golpe/ pues desde muy temprano mi alma sola/ repasó versos, frondas y amor/en la hebras amargas. Y así crecí/entre hermanas suaves y tías católicas/y por la edad de adolescencia zarpé lleno de sueño” (1981, p. 212)

El aludido poema es crucial para entender el desdoblamiento simbólico del autor en yo lírico, puesto que es la interrelación autobiográfica entre: autor, texto y lector que puede reconstruir el devenir estético adosado a la tierra y el sentimiento como amalgama indisoluble; al mismo tiempo que retorna por los caminos andados y vuelve a los espacios originarios, a ese pueblo transfigurado en aldea cósmica que sirve de sostén al imaginario entre lo local y lo universal: “Y subo con mi bastón de vero/pueblo arriba donde mis hermanas lloran mi suerte./Desde lejos me odian y desde lejos/yo también odiaba/Yo era un resabio/y era un asiento de bebida que tenía que dejarse/Adiós las viejas fiestas, los poemas/el gusto por los discursos de orden/Otros llegaban más mezquinos, más prácticos: Un habla empalagosa y vulgar. /¡Cuarenta años entonces!/Todo/Qué rápido y amargo” (1981, p. 213). Estamos frente a una apoteosis del hombre-poeta en

4 Así que el denominado ensayo lírico surge de la actitud del escritor frente al texto como la correspondencia necesaria para el surgimiento del diálogo consigo mismo y los otros; diálogo que puede ser vertido desde el texto a manera de reflexión sobre cualquier hecho, acontecimiento o circunstancia. Esa posicionalidad discursiva es la reflexión lírica que representa el desdoblamiento del autor y la creación de textos con una fuerza simbólica impresionante. Pero dentro de esa forma o manera de reflexionar, está la evidencia fehaciente de la autocontemplación del autor en medio de la reflexión sobre su propia obra, la literatura, la palabra, el mundo, o cualquier otro motivo que conmueva al sujeto sensible transmigrado en el texto literario.

medio de aciertos y desaciertos; puntos de encuentro y desencuentro entre lo patémico y lo cronológico, y donde solo queda la palabra como lugar de recurrencia.

Así que, Palomares construye en su obra poética una región literaria que representa esa articulación autobiográfica a manera de corriente vital para despuntar luego a razón de estructurante central de sus textos literarios. Esa ensoñación encarna la posibilidad de reescribir la realidad a partir del sujeto, lo que hace de su poesía el universo simbólico donde la memoria íntima es redimensionada una y otra vez en la recurrencia del discurso metafórico. Donde los límites del mundo (región óptica y región literaria) están contextualizados por el lenguaje –sea cual fuere su modalidad expresiva-, y de allí, vencer la tristeza y los agobios de la vida terrena: “No hables de tristeza tú, pequeño malabar,/oye la luna comer maíz,/oye las estrellas picar las flores de guamo./No bebas la leche de un árbol triste,/mira correr los perros de caza,/bebe agua en el arroyo, donde van los perros de caza” (1981, p. 260).

No es ya plasmar a través de las palabras una descripción casi pictórica y detallista del ambiente físico natural donde la exaltación traslada ese espacio a un lugar divino en el afán del hombre por rendir culto y homenajear sus bondades y beneficios que le ha dado a todo lo largo de la evolución de la humanidad. Es ensoñar el espacio para hacerlo cierto a través de la palabra poética que ingresa a los espacios de la cotidianidad para poetizar los referentes, desde donde, la gran proeza desde la perspectiva vanguardista de Palomares es convertir la cotidianidad en imagen poética; imagen pluridimensional que circunscrita a los artilugios patémicos-telúricos nos ofrece la oportunidad de redescubrir, lo que anclado en la memoria, regresa toda vez que es convocado por la nostalgia telúrica; la más auténtica nostalgia del Ser.

Lo regional en Ramón Palomares toma otra connotación en cuanto al elemento estructurante de su poética, pasa a ser matriz

metafórica que proyecta el mundo en imágenes, símbolos y significaciones. Representando el traslado de lo regional al espacio poético cargado de esa riqueza escondida dentro de sí: “Mira los pueblos que están/unos en laderas y otros agachados en barrancos/y entra a las casas/viendo cómo están las mujeres/y repasa las iglesias por las sacristías y los campanarios/espantando cuando pisa en las escaleras/Y se sienta sobre las piedras/averiguando sin paz” (1981, p. 95). Estamos en presencia de la mirada poética traducida en la mirada del espíritu que se vale de la poesía para interpretar las localidades estructurantes de su arquitectura sensible, de la memoria telúrica como hermandad entre sujeto y ambiente, desde donde se establece una corporalidad vegetal: “Los que andamos con el frío,/ con la niebla, con el sol,/ay,tenemos que comernos el valle,/tenemos que morder el enorme cedro y el algarrobo,/allá viene silbando el que es sobrino de las nubes,/el que salta por los pastos./-No vas a envolver el techo de los pobres,/no le quitéis la espiga del maíz/ni les asustés los caballos ni les despertés los muchachitos” (Palomares, 1981, p. 104).

Lo corpovegetal es conciencia poética que anuda los *juegos de la infancia* entre lo universal y lo local: “porque la culebra tiene muchos diablos/y el sol le cayó encima/y por eso anda por todas partes, mordiéndolo, mordiéndolo,/ hasta que se lo lleva a uno al infierno.” (Palomares, 1981, p. 85). Hombre y universalidad están ubicados en espacios de la especificidad telúrica para crear instancias discursivas que lindan entre lo sagrado y lo profano, donde las figuras aéreas son la contrapartida de quienes reptan y aluden el mal: “Entonces se desató el gavián y se sentó en una silla a beber/y se emborrachó y dijo a cantar/y nombró a todos los que habían venido para ayudarlo/y le parecían las alas como lunas/y los ojos que tenía era el sol que se le había metido en la cabeza/y a él se le llamaba el gran tejedor/porque anudó todo lo que había y puso en el cielo un barco/que va nadando, nadando/ enseñando todos sus sueños” (Palomares, 1981, pp. 86-87).

Bajo la paridad oposicional estatismo/movimiento, los perfiles discursivos orientan a la aparición de lo sideral como constante en la poética de Palomares a través de la regencia del sol como el gran caleidoscopio hacia la libertad: “Andaba el sol muy alto como un gallo/brillando, brillando/y camino sobre nosotros./Echaba sus plumas a un lado, mordía con sus espuelas al cielo” (Palomares, 1981, p. 88). Gallo/sol; Sol/gallo son dicotomías que llevan a la confusión de planos referenciales con la intención de dinamizar los animales y objetos a partir de la humanización y la conversación íntima y fraterna entre ellos y el yo de la enunciación: “Corrí y estuve con él/allá están las cabras, donde está la gran casa./Yo estaba muy alto entre unas tejas rojas/con el sol que hablaba conmigo/y nos estuvimos sobre un río/y con el sol tomé agua mientras andábamos/y veíamos campos y montañas y tierras sembradas/y flores/cantando y riéndonos” (Palomares, 1981, p. 88).

Andar es sinónimo de suspenderse para elevarse sobre los tejados y poder ensoñar el mundo desde arriba, lo que otorga una planimetría ensanchada en la mirada y la imaginación. Al mismo momento que ese movimiento hipertélico de la enunciación permite la confluencia de elementos que integran la unidad lírica/existencial, la cosmovisión que homologa: aire, fuego, agua y tierra a través de la palabra ensoñada que ahora se transforma en canto y risa para traducir el estado de ‘alma naciente’ que experimenta quien enuncia la gracia de la tierra; las virtudes de la palabra y el insondable misterio del universo desde la mirada infinita del Ser trascendido. Así que el sol se convierte en compañero de viaje y traslación de lo sensible para articular los vínculos con lo ancestral y lo nutricio; la hermandad con la tierra: “Allí andaba el sol/entre aquellas casas, entre aquellos naranjos<sup>5</sup>,/como una enorme gallina azul, como un gran patio de rosas;/

caminando, caminando, saludaba a uno y a otro lado;/hasta que me dijo:/Mi amigo que has venido de tan abajo/vamos a beber/y cayó dulce del cielo, cayó leche hasta la boca del sol (Palomares, 1981, p. 88).

Pero es que el poeta es instancia multiforme para asumir diversas perspectivas y ofrecer múltiples visiones. Y así penetra entre luces y sombras para escudriñar espacios y develar secretos de sus congéneres; así se hace *De noche*: “Y como estaba blanca la luna,/como estaba blanca,/me fui para donde habían caballos a verlos relinchar/ y a verlos en el chao para averiguar lo que tienen de noche/y si hablan y porqué parecen envueltos en sábanas./Hasta que pasaron las doce y tenía que devolverme/y así fue que tuve que convertirme en piedrita/y echarme a rodar y rodar/y caer en un ventarrón, y así/ hasta que pasó un borococo y de una vez me comió creyendo que yo era un ánima/y me fui por la noche entre su alma y/apareció un enorme mar/y quedé en el azul” (Palomares, 1981, pp. 92-93). Noche y misterio; palabra y encanto recalcan como el sol, en el mar y el río; espacios de la latencia primigenia renovada en la vertiginosidad de la vida y el paso inexorable del tiempo.

Vertiginosidad y paso indetenible del tiempo que repliegan al hombre a los bordes de la palabra e intentan detener en instantáneas poéticas todo lo que lo abandona en la constitución de la *Gran leyenda*: “pero ya se me fue,/ya me quedé solito,/ya el sol me dijo que no./-¿Y qué vas a hacer ahora? –me dijeron los gallos-/ya nosotros nos vamos, ya te dejamos,/aquí no nos vamos a estar” (Palomares, 1981, p. 109). Y es que indudablemente ese abandono es por la aparición del espacio urbano que sustituye la expresión telúrica; abandono que podemos traducirlo en la mudanza del encanto telúrico y nunca interpretarlo como una muerte o disolución de lo originario.

5 Importante precisar la intención discursiva de posicionar al lector dentro del discurso poético bajo los señalamientos concretos que dan toda una prefiguración de espontaneidad al presente lírico.

### La nostalgia, la memoria inmortal.

Porque en esta poesía de Palomares la *Muerte* no devela el fin último de la existencia sino el reencuentro con lo telúrico; la consolidación entre lo universal y lo local en torno a la palabra que por siempre se mantendrá soportada por la vida, la ensoñación y el deseo de soñar mundos impregnados de la más pura expresión patémica: “Te estás durmiendo/te estás terminando/echá la última rosa por la boca./que viene tu cabeza por entre el agua./que viene como entre espumas” (Palomares, 1981, p. 113). Tal y como si fuera un candil, la vida se va consumiendo en sueño para transitar a otros espacios que vienen figurados por el agua y su movimiento traducido en espumas; las mismas que deja el río y el mar en su constante tránsito por la superficie. En este caso, el tránsito será hacia lo inconmensurablemente simbólico: “Escuchá la florecita que entraba por tu ventana/oí las palomas rozar tus orejas/aquí se está hundiendo tu casa./Primero fuiste azahar y tela de matrimonio/y después agua/y después niebla espesa/ y después lechada como la que se pone en las tapias/Ya no ves el amanecer” (Palomares, 1981, p. 113)

Y es que metamorfosearse en niebla es alcanzar los linderos de la inmortalidad al convertirse en esa otra dimensión del hombre que interpreta su espiritualidad desde lo espectral soportado por la conciencia cósmica de los que quedan: “Yo soy el que toca la noche./ya te dije que me vuelvo árbol entre relámpagos:/-Vengo de lejos./de más allá de las casas, de más lejos que lo que se pierde en los montes” (Palomares, 1981, p. 114). Entonces la asociación con la muerte se hace desde la casa y los espacios de la pureza representados por la blancura de las paredes, donde casa significa desdoblamiento de quien la habita y colma de recuerdos; homologación entre Ser y casa en referencia a las formas de habitar el mundo, volverse imagen multiplicada en la presencia de lo ausente: “Yo vi antes este zaguán/que le cantaban al ángel/y escuché silbar por entre las

cortinas/y me senté y puse cuidado: escuchaba conversar, escuchaba la noche” (Palomares, 1981, p. 116).

Bajo esta referencia lírica, vida y muerte están atadas por el denominador común de la conversa, puesto que ambas esferas de la enunciación involucran un hablante y un escucha que interaccionan en torno a la manifestación del individuo a partir de la palabra; palabra enriquecida por la potencialidad de nombrar lo tangible e intangible en medio del compartir la cotidianidad telúrica que sirve de escenario enunciativo. Posibilidades de conversión en figuras aladas que traen trazos de lo inconmensurable e incógnito para quien reflexiona desde la palabra poética; “Pajarito que llegas del cielo/Figuración de un alma/ Ya quisiera yo meterte aquí en el pecho/darte de comer/Meterte aquí en el pecho/Y que te quedaras allí/lo más del corazón” (Palomares, 1981, p. 183).

De esta manera la intención poética se orienta hacia la recuperación de lo ido a través de la conversión de lo ausente en presente lírico para luego impostarlo en el corazón como centro del sentimiento y lugar de bifurcación entre la vida y la muerte; la imaginación y la presencia terrena de los diferentes elementos que convergen para estructurar la memoria telúrica, la memoria del sujeto que enuncia y se ve a sí mismo *pasando por esta vida*: “Me di cuenta que ya la casa se iba/Ojos míos vieron a lo lejos un niño/Vieron una vieja y un perro junto a un árbol/Quise fijarme bien Quedarme un rato. Sí/Pero ya me empujaban Muchos pasaban junto a mí de prisa/muy de prisa/Yo me afincaba y me afincaba Pero ya me borran el corazón/Ya lo borran Nomás que Yo era solo de temblor Ya un ensueño Aire en vilo” (Palomares, 1981, p. 218). De esta manera la palabra transmigra de la presencia a lo etéreo; de lo aéreo a la presencia y así se constituye en la territorialidad de la subjetividad: “Tiempo hace que mi padre abandonara la ciudad,/pero mi presencia le da créditos./Y, constantes/

las altas montañas derriban la luz,/y los caballos juegan sobre el oro/bajo el último sol” (Palomares, 1981, p. 13).

Ciertamente la subjetividad se territorializa cuando asume la ciudadanía sensible de los *Nativos* como forma de universalizar lo local y hacerlo arquitectura sentida que interpreta la espiritualidad: “Nacimos en este pueblo donde la gente vive preguntando por los de lejos” (Palomares, 1981, p. 221). Entonces la poesía es intérprete de esa pretendida ciudadanía que busca ubicar a los forasteros y andariegos en la aldea cósmica: “Éramos gente que iba caminando/Unos buscábamos un pueblo, una tierra/Otros ya no/Y cuando mirábamos abajo/Pues allí estaban esos poblados” (Palomares, 1981, p. 222). Porque la cadencia poética lleva a ese encuentro con el lugar a que conduce la poesía toda de Palomares: “Al dormido que duerme en este pecho/Benditos Reinos/Cielos quietos y acodados soles/Miren quién vive a saludar sembradíos abiertos y los mantones/de resiembra/júntense y anúdense en sus aguas cielo y tierra/Con la humedad recién nacida queden para siempre/Labrantíos Terronera de bueyes Techos de brasa fría/donde las palomas y el viento se entreveran” (Palomares, 1981, p. 237).

Anudar es hacer converger al Ser y los elementos telúricos para construir la universalidad desde lo local que asume la ensoñación y el vuelo de la imaginación como recursos para estampar en la poesía el orden simbólico que supera cualquier localidad real o geográfica. Anudando palabras el poeta se hace orfebre de la nostalgia telúrica que mueve los engranajes de la memoria y hace recurrente la referencialidad ancestral que estructura el mundo primordial de los orfebres de la palabra. Palabra que es surco de la versificación donde se deposita la semilla que brotará ungida de la espiritualidad metamorfoseada en poesía. Por ello, la poesía de Palomares es constante resiembra del espíritu telúrico que linda entre lo histórico y lo cósmico; en la indetenible travesía del hombre buscando explicaciones

frente a los enigmas que se hurgan desde las conversaciones: “Hoscas conversaciones que llegaban/Gentes del sueño Gentes del viento/ Eran árboles ventosos/Golpes de corazón/ De una vez nos llevaban/Nomás éramos conversación” (Palomares, 1981, p. 228).

Y es que en esa conversación infinita transcurre el decurso poético de Palomares; viaje constante de encuentro y desencuentros entre territorialidades telúricas y espirituales que se confunden en el trazo del alma en su afán de manifestarse más allá de quien enuncia, o de quien escucha, o de ambos: “Éramos árboles y gentes del suelo/ Almas erradas Errantes árboles/Y furiosos dábamos vueltas a la vida/Hurgando unas cenizas/Hurgando unos rescoldos/más allá de nosotros” (Palomares, 1981, p. 228). En este sentido la poesía es viaje constante por los senderos del alma; búsqueda sentida de la modesta familia que en la memoria de la provincia se yergue como la universalidad del sujeto que enuncia y escucha.

Conversación de *amigos de viajes* que van rehaciendo espacios y lugares desde la mirada ensoñada de la trascendencia telúrica; lugar de encuentro para saludar y saludarse entre las instancias del sueño y la vigilia que se homologan en la luminosidad de la palabra que brilla indistintamente en el día o la noche, porque la luminosidad es el hombre mismo autoreconocido en su más profunda intimidad: “Saludos./Apenas para ti hay tiempos de cantar/en el delicioso jardín/y sacudir en el estanque las alas/allí donde el viento no ha podido vencer” (Palomares, 1981, p. 17). Indudablemente, leer a Palomares es ingresar a las rutas que conducen al paraíso que cada quien busca y configura en el ejercicio de su propia aventura. Indudablemente, leer a Palomares es encontrarse con la nostalgia nutricia que muestra lo andado bajo los arpegios de la vida misma: “Pero en un instante soplo la nostalgia/y arranco de mí la alegría/como a la más bella flor de mi cuerpo” (Palomares, 1981, p. 13).

**Agradecimiento:** Este trabajo es producto del proyecto de investigación NURR-H-580-16-06-B, financiado por la Universidad de Los Andes. Venezuela.

**Referencia bibliográfica:**

Palomares, Ramón (1981) *Poesía*. Caracas. Monte Ávila Editores.

Hernández Carmona, Luis Javier (2013) *Hermenéutica y semiosis en la red intersubjetiva de la nostalgia*. Mérida. Universidad de Los Andes.